

LAMANO IZQUIERDA

ISAAC PALMIOLA



«Cuando lo vi llegar, no podía ni imaginarme
que estaba a punto de vivir una experiencia tan atroz»

L A M A N O
I Z Q U I E R D A

L A M A N O
I Z Q U I E R D A
I S A A C P A L M I O L A

edebé

© Isaac Palmiola, 2026

Autor representado por IMC, Agencia Literaria

© Edición: Edebé, 2026

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Aurora Iraita

Imagen de cubierta: Depositphotos

1.^a edición, febrero 2026

ISBN: 978-84-683-7702-5

Depósito legal: B. 20818-2025

Impreso en España / Printed in Spain



PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

PEFC

PEFC/14-38-00382

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Jordi, mi hermano.

Capítulo uno

Cuando lo vi llegar, no podía ni imaginarme que estaba a punto de vivir una experiencia tan atroz. La cita me hacía ilusión, pese a que no me esperaba nada serio y no paraba de repetirme una y otra vez que podía darme por satisfecha si el encuentro acababa siendo, simplemente, divertido y agradable. Lo había conocido en una aplicación que entonces estaba de moda entre los jóvenes de veinte a treinta años. En la mayoría de las ocasiones los encuentros solo eran virtuales, mucho más placenteros y cómodos que los presenciales, pero ninguna tecnología puede sustituir la emoción que te da un beso o una caricia de verdad. Estaba nerviosa, lo reconozco.

—¡En persona aún eres más guapo! —le dije, y le besé ambas mejillas.

Acaricié el brazo de Samuel —así se llamaba el chico— en un gesto aparentemente espontáneo y aproveché para comprobar que la textura de la piel era cálida y sedosa, y que sus músculos eran duros como la roca. Visualmente, era una maravilla. Mis ojos lo recorrieron con avidez de la cabeza a los pies, y la visión hizo que me mordiera los labios. Me gustaba lo que veía. El cuerpo era escultural, con un torso en forma de V, ataviado con ropa y complementos de colores blancos y rosas

que resaltaban aún más el color de la piel. Era esa piel el rasgo más destacado. Negra como el ébano, tenía un tono levemente azulado que daba un aire exótico a un aspecto donde se equilibraba de forma deseable feminidad y masculinidad. Samuel estaba tan bien hecho que era evidente que era un «diseñado», término que en ese momento usábamos para referirnos a los ciudadanos creados por un editor genético, una técnica consolidada pero aún minoritaria entonces.

—Tú también estás guapísima, Antígona —mintió Samuel para responder al cumplido de forma amable.

Afirmo que Samuel mentía porque, objetivamente hablando, yo no era guapísima. Ni mucho menos. Tengo la misma nariz aguileña que mi abuela, una nariz que nos proporciona un aspecto carismático, pero que no nos hace precisamente bellas. Obviamente, yo no soy una diseñada. Ningún editor genético diseñaría a una chica con mi nariz. Siempre he sido consciente de ello. Probablemente por eso me sentía tan eufórica. Había conseguido ligarme a un diseñado guapísimo y había conseguido tener una cita presencial con él, pese a que vivíamos en ciudades distintas y los permisos para desplazarse requerían mucho papeleo. Y todo ello lo había conseguido sin decirle quién era mi abuela.

Tenía mucho mérito, en serio.

—Me comentaste que ya habías estado en Medius, ¿verdad? —le pregunté.

Empezamos a caminar calle abajo, el uno al lado del otro. Le rocé la mano con el dedo índice en otro gesto aparentemente casual y Samuel tomó mi mano con una sonrisa mientras paseábamos juntos.

—Es mi segunda vez en Medius —confirmó.

En realidad, vivir en Medius sí era un punto a mi favor. Medius ya era el barrio más famoso del país, lugar de prestigio donde se ubicaba el centro político del Estado. La calle, peatonal desde hacía muchos años, discurría entre hileras de árboles, fuentes ornamentadas con nenúfares y flores multicolores plantadas por todos los rincones. El entorno era precioso, de una placidez llena de armonía que hacía impensable sentir cualquier tipo de inquietud. Siempre he sido muy intuitiva, pero en ningún momento tuve la menor sensación de peligro. De fondo solo se escuchaba el murmullo del agua en las fuentes y los alegres cantos de los pájaros. Nada más. Yo solo estaba pendiente de aquella mano fuerte que me sujetaba y del agradable olor del perfume de Samuel.

Ni me di cuenta de que no había ningún policía apostado frente a la casa de mi abuela. A decir verdad, los agentes que vigilaban el lugar las veinticuatro horas del día eran un elemento meramente decorativo. Ni tan siquiera llevaban armas, tal y como era habitual en tiempos pretéritos, y nunca tenían que enfrentarse a ningún problema remarcable. Tampoco vieron al otro chico joven, escondido detrás del olmo, con la cabeza oculta por una capucha negra; un foráneo en el barrio, que no perdía detalle de todos mis movimientos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Samuel.

—A casa de mi abuela —le contesté.

Ella me había comentado que estaría ausente durante todo el día, seguramente para que no fuera a visitarla. Por supuesto, yo no le había dicho que pla-

neaba llevar a un chico a casa, pero tampoco necesitaba pedirle permiso. Mi abuela y yo estábamos muy unidas, muchísimo, y ella me dejaba entrar y salir de su casa a mi antojo.

Guie a Samuel hasta llegar delante de la casa y me detuve detrás de la verja con una sonrisa de oreja a oreja, estudiando su reacción.

—¿Ahora me dirás que tu abuela vive aquí? —preguntó él.

Aquel lugar, tras los primeros treinta y seis años de su gobierno, ya era muy conocido por aquel entonces. Mi abuela había dado un montón de entrevistas en aquel mismo jardín, famoso por sus rosas blancas y por el lema «TODO PARA EL PUEBLO», esculpido en el marco de la puerta. Hasta el último ciudadano de Itaka reconocería aquella casa, la casa de la presidenta Hera. La casa de mi abuela.

—¿No te lo había comentado? —hablé con naturalidad—. La presidenta Hera es mi abuela.

Samuel abrió un palmo de boca, sorprendido. En un primer instante no consiguió articular ningún sonido, como si las palabras se negaran a brotar de su garganta. Se tapó la cara con ambas manos en un gesto que se me antojó demasiado teatral.

—¿Tu abuela es la presidenta Hera?!

—Sí —contesté.

Siempre había sentido una gran inseguridad en mis relaciones afectivas justo por ser la nieta de quien soy. Estaba convencida de que la gente trataba de gustarme por mi pertenencia a una familia influyente y poderosa. Me daba miedo que Samuel solo quisiera salir conmi-

go por ser la nieta de la presidenta Hera, y por eso no se lo había dicho hasta ese momento. Pero ahora acababa de surgir una sospecha incómoda. ¿Y si Samuel ya estaba al tanto de ello? ¿Y si todo aquello solo era un teatro meticulosamente estudiado para seducirme y aprovecharse de mi posición?

—¡Es increíble! —exclamó Samuel—. ¡Te lo tenías muy callado!

Me encogí de hombros, sin saber qué pensar.

—Vamos adentro, ¿te apetece?

—Claro —asintió.

Abrí la puerta de la verja y recorrí el caminito de grava que cruzaba aquel jardín tan emblemático para los ciudadanos de Itaka. Había esperado impresionar a mi cita con aquella sorpresa, pero, por desgracia, no estaba nada segura de que fuera una sorpresa.

—¿Estás nerviosa?

—Eres guapo, pero no tanto como para ponerme nerviosa. —Sonreí.

El detector me escaneó y la puerta se abrió de par en par para darme la bienvenida.

—Lo digo por lo de tu carrera como periodista —replicó él—. Mañana empiezas, ¿no?

Al entrar noté algo raro. El ambiente estaba cargado de un olor ligeramente metálico, un olor nada habitual en la casa y que no supe identificar por el momento. También tuve la sensación de que el suelo estaba sucio y pegajoso, algo que tampoco era normal teniendo en cuenta que los robots de limpieza se ocupaban de tener la casa siempre impecable.

—¡¿Ayhir?! ¡¿Estás en casa?!

—¿Quién es Ayhir?

—La asistente personal de mi abuela. Se supone que tampoco tiene que estar en casa, pero entra y sale cuando le da la gana. Son muy amigas —expliqué, y volví a gritar haciendo bocina con las manos—: ¡¡Ayhir!?! ¿Estás en casa?

No hubo respuesta.

—¿Entonces cabe la posibilidad de que esa amiga de tu abuela, la tal Ayhir, entre en casa de sopetón y sin avisar?

—¿Por qué te preocupa? —Volví a sonreír, incapaz de resistirme al coqueteo—. ¿Acaso planeas hacer algo inadecuado y tienes miedo de que Ayhir te pille con las manos en la masa?

Él se limitó a esbozar una sonrisa encantadora. Sus grandes manos me tomaron de la cintura y se inclinó hacia mí. Era mucho más alto y tuvo que agacharse bastante, pero sus labios se encontraron con los míos. El beso fue tímido y cauteloso al principio, pero, poco a poco, empezó a ganar intensidad.

«Crush», se escuchó a lo lejos.

—¿Has oído eso? —pregunté.

—¿El qué?

Me aparté de él.

El beso había sido muy sensual, pero aquel ruido desconocido me inquietó. Intuía algo y sabía que no podría concentrarme en lo que se suponía que vendría a continuación si antes no averiguaba la procedencia de aquel ruido.

—¿Y a ti cómo te van las prácticas? —pregunté para ganar tiempo.

«Crush», volvió a sonar a lo lejos. Pero Samuel no pareció percatarse de ello y empezó a charlar distendidamente.

—La arquitectura urbana me gusta y se me da bien. De hecho, en el despacho donde hago prácticas me han ofrecido un puesto, pero aún no sé si aceptarlo...

Yo seguía pendiente de aquel ruido, pero tomé asiento en uno de los sofás del salón. Ya había imaginado de antemano que aquel sofá podía ser el lugar donde los dos podríamos conocernos un poco más. Me gustaba aquel tejido, suave y aterciopelado, un tejido que me parecía erótico al tacto con la piel desnuda.

«Crush».

Samuel no hizo el menor gesto de haber percibido el ruido. Me pasó por la cabeza la absurda idea de que lo estuviera ignorando a propósito, aunque eso no tenía ningún sentido.

—Sé que tengo que considerar esta oferta de trabajo como un gran éxito, pero quiero ser ambicioso y luchar por mis propios objetivos. Y mi objetivo ha sido siempre dedicarme a la arquitectura deconstructivista...

Me resultó casi ofensivo lo fácil que había sido cambiar la dinámica de la cita. Una sola pregunta relacionada con el trabajo, y aquel chico se había olvidado de darme besos y empezaba a soltar en voz alta sus ambiciones profesionales.

«Lo suponía», pensé. «Antes de acudir a la cita ya sabía quién era mi abuela».

—Si puedo serte franco, la presidenta Hera y sus ideales son los que han inspirado siempre mi vocación. Hay que devolverle a la naturaleza todo el espacio que

la humanidad le ha arrebatado, y eso solo puede conseguirlo la arquitectura deconstructivista. Yo considero que tengo mucho que aportar en este campo porque...

«Crush», volvió a escucharse.

Yo miraba a ese chico y no podía creerme lo guapo que era, pero, a la vez, me daba cuenta de que no tenía ganas de intimar con él. Así, mientras miraba sus labios moverse y emitir palabras que ni siquiera escuchaba, sentí el impulso de poner fin a la cita. ¿Qué hacía allí con ese desconocido?

«Crush», volvió a repetirse.

—¿En serio no lo oyes? —interrumpí las palabras de Samuel con un tono un tanto brusco.

—¿El qué?

Levanté la palma de la mano y me quedé en silencio. Respiré hondo y volví a sentir ese olor desagradable, metálico. Pasaron diez segundos y...

«Crush».

Esta vez Samuel también lo escuchó.

—¿Ese ruido te preocupa?

—Viene de allí.

Salí del salón y me adentré en el pasillo. Samuel me siguió, relajado, observando con curiosidad las obras de arte que había colgadas en las paredes de la casa.

«Crush».

El ruido se escuchó más fuerte. Era una especie de golpe rítmico que se repetía siguiendo una cadencia desigual.

Avancé por el pasillo, consciente de que me acercaba al origen del ruido. Caminé a hurtadillas, en completo silencio.

«Crush».

Sonaba justo detrás de la puerta del aseo. Alguien estaba encerrado dentro y golpeaba el picaporte rítmicamente cada diez o doce segundos, como si quisiera salir del interior.

Tragué saliva, asustada, y golpeé la puerta con los nudillos de la mano.

—¿Hay alguien ahí?

La respuesta fue el maullido de un gato.

Suspiré con fuerza y compartí con Samuel una sonrisa aliviada.

—No sabía que la presidenta tuviera un gato —comentó él, que no parecía haber sentido miedo en ningún momento.

Abrí la puerta del aseo y me agaché para recibir a la pequeña mascota. Había estado saltando sobre el picaporte para poder escapar.

—¡Rasputín! ¿Qué hacías tú encerrado en el lavabo? —lo regañé.

El gato empezó a maullar, frotándose contra mis piernas.

—Eres muy guapo. —Lo acaricié con cariño—. Y demasiado curioso. ¿La abuela te ha encerrado aquí por accidente o ha sido Ayhir? Dime, ¿quién ha sido la despistada que te ha encerrado aquí dentro?

Rasputín maulló una respuesta que no entendí, pero yo ya estaba tranquila. Por un instante había tenido mucho miedo, y ahora me sentía ridícula por no haberme dado cuenta de que el gato de mi abuela tenía que ser, a la fuerza, el origen de aquellos ruidos. Incluso me planteé si darle un final feliz a la accidentada cita.

—¿Volvemos a donde estábamos? —sugerí.

—Por supuesto —contestó Samuel.

Regresamos al salón con una sonrisa distendida en el rostro y nos sentamos de nuevo en el sofá mientras Rasputín maullaba a nuestro alrededor.

Yo ya estaba convencida de que Samuel era un trepa que se había acercado a mí porque mi abuela era quien era, y tenía claro que nuestra relación no tenía ningún futuro. Sin embargo, Samuel era guapo y sus labios eran perfectos. Nunca había besado unos labios tan perfectos. Él intentaba aprovecharse mí. ¿Por qué no hacer yo lo mismo? Simplemente, disfrutar de la experiencia y olvidarme de ese chico para siempre.

Cerré los ojos y me dejé llevar. Sus manos grandes y fuertes descendieron desde mis mejillas, lentamente, hasta el cuello y los hombros. Me gustaba. ¿De verdad sería capaz de olvidarme de él tan fácilmente?

De repente noté un pinchazo y lancé un aullido de dolor. Al levantar la vista vi que Rasputín me había mordido en la pantorrilla.

—¿Por qué?!

Aquello no era normal. Rasputín era un gato más bien tranquilo. Le gustaba frotarse contra las piernas de la gente y a veces ronroneaba cuando yo lo acariciaba entre las orejas, pero no se dedicaba a atacar de forma gratuita. Observé al animal y vi que estaba tenso. Tenía el pelo erizado y emitió un maullido desagradable, casi como un bufido.

—¿Qué te ha hecho el gato? Vamos, olvídate de él —pidió Samuel, y volvió a besarme.

Sus labios eran maravillosos. Eso era indiscutible. Pero Rasputín no nos lo iba a poner fácil. Siguió emitiendo unos bufidos tan molestos que resultaba imposible concentrarse. Yo había concertado la cita justo el día en que sabía que ni Ayhir ni la abuela estarían en casa, pero no contaba con el inesperado boicot de Rasputín.

—¿Se puede saber qué te pasa?! —exclamé enfadada.

El gato bufó y pegó unos saltitos extrañísimos con las cuatro patas muy extendidas y arqueando el cuerpo en forma de puente, con el pelaje erizado.

—¡Basta ya! ¿Tienes hambre? ¿Tienes sed? —le pregunté, y entonces me giré hacia Samuel—. A lo mejor es eso. Igual se ha pasado un día entero encerrado en el lavabo y por eso ahora está histérico.

—Mi gato no hace eso cuando reclama comida.

—Ya lo sé, es muy raro, pero voy a darle de comer de todos modos...

Me levanté del sofá mosqueada, picada con Rasputín, y volví a salir del salón. Samuel me siguió con aire tranquilo y relajado.

—Igual se encuentra mal —comentó él, mientras avanzábamos por el pasillo.

—Eso espero, porque no me explico este boicot. Igual quiere decirme que no me lée contigo porque no eres de fiar...

Samuel empezó a reírse, pero la carcajada acabó de forma abrupta. Su fuerte mano me agarró del brazo y me obligó a detenerme.

—¿Has..., has visto eso?

El brazo derecho de Samuel señalaba hacia la puerta del fondo, la que daba acceso a la cocina. Alguien había garabateado la puerta de madera blanca con letras de un color fangoso:

HAS TENIDO SUERTE, PRESIDENTA.
LA PRÓXIMA VEZ TE ENCONTRARÉ.
TE DEJO UN REGALO EN LA NEV

Tardé unos instantes en asumir el contenido de aquella frase, que releí un par de veces. Denotaba peligro, pero no sentí miedo de verdad hasta que comprendí qué era el líquido vagamente rojizo con el que se había garabateado el mensaje. Inspiré hondo y volví a sentir aquel olor metálico, el inconfundible olor metálico de la sangre.